

Sorpresa en una casita de cartón.



Marina vive con su mamá, sus dos hermanos y su abuelita en una casita de cartón. Ella apenas recuerda a su papá, cuando era muy pequeña se había ido a trabajar a otro país.

A veces *Marina* se imagina el rostro de su papá, sus manos, ¿tendrá barba? No, no, quizá una cicatriz y quizá sea muy alto; en su cuarto se acurruca mientras se le llenan de lágrimas sus ojitos. ¡Lo extraña mucho!

La Navidad llegó y en la casa de *Marina* los regalos son bonitos objetos hechos de lo que su mamá y hermanos encuentran por ahí. Este año le regalaron una muñeca sin un bracito, unos trastecitos que encontraron y un vestidito con la orilla descocida. *Marina*, entusiasmada y agradecida, recibe los regalos con mucho amor. Al recibir el último regalo, llegó un señor bigotón, muy delgado y moreno. Su mamá, con una gran emoción le dijo:

—¡Por Dios! ¡Es real! ¡Es tu papá, Marina! ¡Vamos a saludar!

Pero *Marina* al verlo corrió a su cuarto sintiendo mucha ira y miedo.



En el firmamento, Pisky y Luna observaron la escena:

—¡Pisky, la luz de la estrella de Marina está bajando!— dijo Luna.

—Parece angustiada, como triste.

—¡Laudes Cora y Chistín, es necesario que vayan a ayudar a Marina!—
dijo Pisky— ¡Los Univan pretenden llenarla de miedo y rencor.

El papá de *Marina* entró despacio al cuarto. El corazón de la pequeña latía muy fuerte mientras un Univan la llenaba de coraje.

El papá se sentó cerca de su hija con un gatito en brazos.

—¿Estás molesta?

Marina no contestó nada.

—Mira, Marina, te presento a Mandarin, mi gato— *Marina* lo vio de reojo, pero no dijo palabra alguna.— Cuando estuve trabajando allá en otro país —comenzó a platicarle su papá—nunca dejé de pensar en ti, pero fue muy difícil regresar para acá. Mmm... fíjate que me pasaron muchas cosas, viví en muchos lugares y conocí mucha gente...—dijo tímido, pero *Marina* seguía casi pegada a la pared, aunque comenzó a acariciar a Mandarin.

Entonces el papá continuó:

—Crucé un desierto enorme enfrentando grandes peligros, había un río grandísimo y pude ver peces que nunca me hubiera imaginado...—le platicaba, y las palabras le salían una tras otra sin parar. No lo entendía, nunca había sido muy platicador y menos aún imaginativo, pero ahora sus aventuras fluían emocionantes de su boca.



Al escuchar las aventuras de su papá, *Marina* poco a poco comenzó a voltear su cara, imaginando cada aventura que le contaba, pero aún no podía decir ninguna palabra.

—Perdóname, *Marina*, me gustaría pasar más tiempo contigo.

De pronto, nadie supo de dónde salió una pelota con un hilito que parecía gustarle a *Mandarina*. Entonces el papá la arrojó sin soltar el hilito, lo que hizo que la bolita pegara en la pared y el univan instantáneamente desapareció.

Fue en ese momento que *Marina*, como si hubiera despertado de un mal sueño, le dijo a su papá:

—¿Me cuentas otra aventura por favor?

—Sí, hija, pero antes perdóname.

Marina, sin pensarlo, le dio un abrazo.

Su papá asintió emocionado y continuó contando las aventuras de esos años. *Marina* nunca se aburrió. Así, las historias de *Marina* y su papá se convirtieron en otras aventuras que los unieron toda su vida.

